

najes más destacados de la República. El 14 de abril de 1931 nacía el nuevo régimen. ¿Triunfaría éste donde había fracasado la Restauración, logrando la convivencia de socialistas, republicanos, jacobinos, anarquistas y nacionalistas, al lado de las corrientes conservadoras? La máxima jerarquía de esta nueva etapa, Niceto Alcalá Zamora, es definido como «El conservador que trajo la República y precipitó la guerra». Moa destaca que, influyente siempre, su papel fue fundamental en, al menos, dos momentos clave: en 1930-1931, para traer la república, y a finales de 1935 y principios del 36, al desahuciar del poder a la derecha moderada y allanar el camino al Frente Popular. También hace especial hincapié en que contribuyó decisivamente a hundir el centro, a radicalizar a la mencionada derecha moderada, y a abrir paso a una izquierda dispuesta a tomarse la revancha por la derrota de 1934, provocando un brusco bandazo político en el apogeo de los odios y los miedos.

Para Moa, Azaña es «La inteligencia jacobina», y en él destaca su aspecto trágico y patético. Lo define como un personaje básicamente contradictorio, que descalifica la violencia, pero que toma parte, ya en 1930, en la preparación de un pronunciamiento militar; que se proclama burgués y moderado, pero que empezó condenando la moderación para terminar en alianza con

fuerzas revolucionarias en extremo violentas; defensor de las libertades, cerró más periódicos que nadie antes y en menos tiempo; habla de acabar con los fusilamientos entre españoles, pero se mostró partidario de fusilar sobre la marcha, etc.

Largo Caballero representa «La revolución proletaria» e Indalecio Prieto es «El amigo socialista de Azaña». Estos dos personajes y Besteiro fueron los grandes jefes del PSOE de la época, y de los tres, Pío Moa únicamente salva al tercero: «Sólo Besteiro rechazó aquella “locura colectiva”. Llamó “vana ilusión infantil” a la consigna de la dictadura proletaria, cada vez más popular en el partido, denunció la propaganda oficial y pronosticó un baño de sangre. Pero le desbordaba el empuje de los radicales o bolcheviques».

El dirigente anarquista, probablemente el más destacado de aquellos años, García Oliver, es considerado inteligente y con dotes de líder, aunque «de pensamiento un tanto simple, muy obrerista y dado a la violencia». Lo suyo era lo que llamaban «gimnasia revolucionaria», consistente en golpear sin tregua, con la mayor violencia posible, organizando para ello y sobre la marcha una estructura de grupos insurreccionales. En cuanto a la CNT, organización a la que la práctica del terrorismo había convertido en un verdadero cáncer del régimen de la Restauración, el autor del pre-

sente libro destaca que esto no impidió a los republicanos, socialistas y nacionalistas catalanes colaborar con ella, tomándola por fuerza de choque, útil para destruir el poder liberal. De las relaciones de la CNT con la fuerza sindical socialista, UGT, se apunta que ambas fuerzas proseguían cada una de ellas por su lado, rivalizando o combatiéndose en huelgas enconadísimas, sin faltar choques sangrientos entre ellas, y al mismo tiempo cooperando, por distintas vías, a crear una crisis revolucionaria.

«La estrategia de Moscú» se concreta en dos figuras: José Díaz y Dolores Ibarruri, el primero como secretario general del PCE, y la segunda como fogosa oradora y agitadora. Moa define el estilo comunista como directo y duro, enérgico, militar y disciplinado, sin el toque sentimental y lastimero de socialistas y anarquistas, un estilo libre de «prejuicios burgueses», propio de la acción inexorable. Seguidamente apunta como uno de los fenómenos más llamativos de la guerra, tras su inicio en julio de 1936, el explosivo auge del PCE, en el Frente Popular, y de la Falange en el bando nacional. «En realidad —escribe—, este partido sólo cobró relieve en dos breves periodos: los cuatro meses anteriores a la insurrección izquierdista de octubre, y los cuatro posteriores a las elecciones del 36. Y en ambos su protagonismo provino de acciones terroris-

tas, no de masas». Sería con la guerra en marcha cuando la Falange recibiera un alud de adherentes, convirtiéndose en un partido de masas muy influyente. «La democracia no frenará el comunismo», fue la frase clave de la política de Calvo Sotelo que, bajo la Restauración, había sido maurista, es decir, partidario de las reformas democratizantes del conservador Maura. Dispuesto a «no rendir la inteligencia ante la muchedumbre», a resistir a la «tiranía de las masas», se tornó resueltamente antidemócrata; de conservador liberal pasó a ser reaccionario, colaborando así a la división de las derechas y a la futura tragedia y asesinato. «Aquel crimen no desató la guerra —dice Moa—, pues el impulso hacia ella era ya demasiado fuerte, pero destruyó hasta la última esperanza de impedirlo». Como política muy distinta a la de Calvo Sotelo, se destaca la de Gil-Robles, personaje al que buena parte de la historiografía ha querido presentar como un líder prácticamente fascista o pronazi. El ideario cedista giraba en torno a la defensa de la religión, la familia, la propiedad privada y la integración nacional, y su postura era moderada, ante todo y sobre todo.

Tras manejar una amplia documentación, tanto «pro-roja» como «pro-azul», la segunda parte del libro está dedicada a los grandes mitos y mixtificaciones llevados a cabo en los tres años de la contien-

da, con el consiguiente empequeñecimiento de todo lo «pro-rojo» y el engrandecimiento de todo lo «pro-azul». Y con este parcial criterio de empequeñecer a unos y engrandecer a otros, analiza las causas de la guerra; las discrepancias entre los revolucionarios y conservadores; el alzamiento y los tres liderazgos; la persecución de la Iglesia y su gente; el famoso oro de Moscú y sus consecuencias; la contienda de Madrid; las Brigadas Internacionales y su significado; Guernica; las matanzas de Badajoz y de la Cárcel Modelo. Finalmente, se siguen paso a paso el mito del Alcázar de Toledo y otros conocidos asedios.

El sorprendente Moa dedica el último capítulo de su trabajo a lo que llama «El enigma de Franco», personaje que ha suscitado una enorme bibliografía, apasionada y discrepante, que no ha hecho sino crecer en los últimos años. «La mayor parte de estos estudios —escribe—, dan una imagen en extremo negativa de Franco. Las referencias en los medios de comunicación, tanto de izquierdas como de buena parte de la derecha, le denigran en una forma que alcanza a veces tintes cómicos». Observa que los motivos de controversia en torno al personaje pueden centrarse en dos facetas: su ineptitud, o al menos mediocridad como militar y político, y su crueldad. Este autor detecta también que el Generalísimo Franco debe ser el único militar de

la historia que, habiendo ganado una guerra y casi todas sus batallas, recibe a menudo la sentencia de incompetente. «La paradoja ya lo convierte en un enigma —concluye—. ¿Cómo puede admitirse tal contraste entre los éxitos y la incompetencia?» Añade entonces que no le parece exagerado decir que la victoria de Franco salvó a España de una traumática experiencia revolucionaria, y que su régimen la libró de la guerra mundial, modernizó la sociedad y asentó las condiciones para una democracia estable.

Básicamente provocadora —por demasiado descalificar a un bando, mientras al contrario lo reconoce y ensalza a tope—, la lectura de «Los mitos de la guerra civil», para unos —los vencedores—, ha de resultar muy halagadora, para otros —los vencidos—, ha de levantar ampollas.

Isabel de Armas

Paisaje antes de la tormenta*

Darie Novaceanu, embajador de Rumania en España desde 1991 hasta 1997, miembro correspondiente de la Real Academia Española desde 1983, filólogo, traductor, periodista y poeta reconocido desde que obtuviera en 1993 el Premio Internacional de Poesía Luis Rosales por el libro *El estado del tiempo*, ha realizado en versión íntegra una edición bilingüe de los poemas rumanos escritos por Tristan Tzara (1896-1963) en Bucarest. Precedida de un estudio crítico que abarca tanto los inicios literarios del poeta rumano como el origen y evolución internacional del dadaísmo en el contexto de las vanguardias de principios de siglo, esta edición incluye también un anexo con textos del escritor vanguardista Urmuz, defendido apasionadamente por Novaceanu como el antecesor del dadaísmo. Diversas ilustraciones de Francis Picabia, Juan Gris, Joan Miró, Eugen Ionescu, Hans Arp y Henry Matisse además de otros artistas de la vanguardia rumana, completan finalmente el volumen que la Universidad de Zaragoza ha puesto al alcance del lector en español.

* *Tristan Tzara, Los primeros poemas (Poemas rumanos). Versión castellana, estudio introductorio y notas sobre el dadaísmo por Darie Novaceanu, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2002.*

Estos primeros poemas de Tzara, escritos en rumano entre los años 1912 y 1915, sólo gozan de una edición completa en el idioma original en 1971 y, salvo al francés, no habrían sido traducidos a lengua alguna. Se trata de los primeros y últimos poemas que Tzara escribe en rumano, ya que previo paso en Zurcá por la no-lengua dadaísta, adoptaría el francés para el resto de su obra tras su definitivo asentamiento en la capital francesa.

Si afrontamos la lectura de estos poemas desde un punto de vista histórico, nos encontramos con el retrato del artista adolescente que posteriormente tendría un importante papel en la revolución de la lengua poética francesa. «Sin ellos no se entiende de dónde arranca el dadaísmo y cómo en Zurcá se le inscribe y se le pone nombre», afirma Novaceanu. Su rastreo de las fuentes en que bebe el joven Tzara se demora en dos nombres apenas conocidos en el ámbito hispano: el simbolista Ion Minulescu, de quien se da prueba detallada de su influencia directa en unos cuantos poemas, y el citado Urmuz, enigmático anticipador de la vanguardia rumana, que con una obra escrita a partir de 1908 para entretener a sus hermanas y amigos no sobrepasa las cincuenta páginas de legado literario. Las sorprendentes asociaciones semánticas, la ambigüedad, el carácter ilógico y la indiferencia por la significación en los textos de